Terrores ancestrales

Cuentos espeluznantes de la noche de los tiempos



Antología dirigida por

David Domínguez

Traducción del inglés a cargo de

Carmen Torres y Laura Naranjo, Ce Santiago, Paula Álvarez, Isabel Márquez Méndez, Lorenzo Díaz y Francisco Torres Oliver

IMPEDIMENTA

Pallinghurst Barrow

Grant Allen



· 1892 ·

Traducido por
Ce Santiago

Grant Allen

. 1848 - 1899 .

Hijo de un pastor protestante de origen irlandés, Grant Allen nació en Canadá en 1848. Tras varios años dedicado a la docencia en instituciones como el Queen's College de Jamaica, decidió embarcarse en su pasión literaria. Allen es conocido por su defensa de algunas ideas vanguardistas de su tiempo, como lo eran las teorías darwinistas, el psicoanálisis freudiano o el feminismo. La publicación de su novela *The Woman Who Did,* sobre una mujer que vive sin atenerse a las normas sociales, causó un gran revuelo en su momento. Allen pasaría a la historia por sus obras de ciencia ficción y misterio; su novela más conocida, *The British Barbarians,* coincidió con la publicación de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells y, paradójicamente, relataba un viaje en el tiempo.

En «Pallingurst Barrow», Allen propone un escenario de la Gran Bretaña más antigua, cuyas leyendas implican sangre y sacrificios. Lo más interesante del relato es el uso de algunas ideas darwinistas y freudianas para explicar el fenómeno preternatural que se produce y por qué solo algunos individuos pueden percibirlo.

Pallinghurst Barrow

I

Rudolph Reeve estaba sentado solo en Old Long Barrow, en el ejido de Pallinghurst. Era un atardecer de septiembre y se estaba poniendo el sol. En el oeste resplandecía una misteriosa luz roja, muy extraña, que se reflejaba con un brillo púrpura en el brezo marrón oscuro y el helecho moribundo. Rudolph Reeve era periodista y hombre de ciencia, pero tenía alma de poeta pese a sus vocaciones, ninguna de las cuales suele asociarse con el desarrollo espontáneo de un temperamento poético. Estuvo largo rato allí sentado, observando los tonos lívidos que arrebolaban el cielo —más rojo y feroz que cualquier cosa que recordara haber visto desde el famoso año de los atardeceres del Krakatoa—, aunque sabía que estaba haciéndose tarde y que tendría que haber regresado hacía mucho a la mansión a cambiarse para la cena. A la señora Bouverie-Barton, su anfitriona, la famosa mujer de los derechos de las mujeres, le obsesionaban la puntualidad, la diligencia y todas esas virtudes tan poco femeninas. Pero, pese a la señora Bouverie-Barton, Rudolph seguía allí sentado. Algo en aquel ocaso

y en las luces sobre los helechos —algo raro y sobrenatural— lo tenía sumamente fascinado.

La panorámica del ejido, un auténtico páramo de brezo y aulaga que destaca alto y expuesto en el paisaje, es sorprendentemente amplia y extensa. Pallinghurst Ring, o el Old Long Barrow, un túmulo emblemático que se conoce por ese nombre en la campiña desde tiempos inmemoriales, corona su cima y domina las colinas circundantes hasta el sombrío corazón de Hampshire. Sentado en su ladera aterrazada, Rudolph miró a lo lejos, con todo el placer artístico que un poeta o un pintor (pues tenía un poco de ambos) experimenta ante el exquisito rubor de los reflejos moribundos de un sol moribundo sobre los helechos moribundos. Allí sentado se preguntó por qué la muerte es siempre mucho más hermosa, mucho más poética, mucho más calma que la vida, y por qué uno siempre disfruta mucho más de las cosas cuando sabe que tendría que estar cambiándose para la cena.

Sin embargo, cuando fue a levantarse, temeroso de la sempiterna ira de la señora Bouverie-Barton, una repentina sensación, tan extraña como inequívoca, lo llevó a detenerse un momento, titubeando. No sabía por qué sentía aquello, pero allí sentado en el herboso túmulo, con su tupida manta de pequeños tréboles subterráneos, esa taimada planta que entierra sus semillas con un gesto mecánico, fue consciente, a través de un sentido externo pero gracias a su pura consciencia interna, de que algo vivo se movía allí dentro. Cerró los ojos y escuchó. No, ¡imaginaciones, puras imaginaciones! Ningún sonido rompía la quietud del anochecer, salvo el zumbido de los insectos; insectos moribundos que ya empezaban a desfallecer ante la cercanía del primer aliento frío del otoño. Rudolph abrió de nuevo los ojos y miró al suelo. En el pequeño hueco anegado que había junto a sus pies, innumerables plantas de droseras extendían sus letales rosetones de pegajosas hojas rojas, todos rociados con pasta viscosa, para atrapar y cerrarse sobre moscas rezagadas que forcejeaban con sus patas diminutas en un vano intento de liberarse. Pero eso era todo. No había más

movimiento. Sin embargo, pese a lo que veía y oía, seguía profundamente emocionado por aquella extraña consciencia de que algo vivo se movía dentro del túmulo, bajo tierra. Algo vivo se movía, ¿o se movía algo muerto? Algo reptaba despacio como los largos estolones de las droseras reptaban despacio en torno a las desvalidas moscas cuyos jugos sorbían. Una sensación rara y horrible, ¡pero fascinante de un modo extraño! Odiaba esa vulgar imposición de volver para la cena. ¿Por qué cenaba la gente? ¡Qué materialista! ¡Qué ordinario! ¡Y el universo repleto de extraños secretos por desvelar! No sabía por qué, pero poseyó su alma un fervoroso deseo de parar y rendirse ante aquella abrumadora sensación de misterio y maravilla en las oscuras profundidades del túmulo.

Con cierto esfuerzo se levantó y se puso el sombrero, que llevaba en la mano porque le ardía la frente. El sol se había puesto hacía mucho y la señora Bouverie-Barton cenaba a las siete en punto. Tenía que levantarse y volver a la casa. Algo desconocido tiró de él y lo detuvo. Una vez más se quedó quieto y titubeó. No era supersticioso, pero le pareció que multitud de extrañas sombras invisibles lo observaban, ansiosas por ver si se levantaba y se iba o cedía a la tentación de detenerse y entregarse a su curiosa imaginación. ¡Qué extraño!, no veía nada ni a nadie y, aun así, era vagamente consciente de que unas figuras invisibles lo vigilaban de cerca conteniendo el aliento y observaban ávidamente cada uno de sus movimientos, deseando saber si se levantaría y se iría o si se quedaría a investigar aquella sensación sin causa aparente.

Permaneció allí inmóvil un minuto o dos, incapaz de decidir, y todo ese tiempo las presencias invisibles contuvieron la respiración y lo observaron con la agonía de la expectación. Sentía sus cuellos estirados; imaginaba su tensa atención. Finalmente se fue.

—Esto es absurdo —se dijo en voz alta, y se dirigió despacio hacia la casa.

Y al hacerlo, la multitud invisible e inmaterial reunida en torno a él soltó un profundo suspiro: mudo, intangible, espiritual. Unas manos ávidas parecían lanzarse a por él para intentar sujetarlo.

Una turba irreal de criaturas coléricas y decepcionadas parecía seguirlo por el páramo, lanzándole silenciosas imprecaciones en un idioma desconocido, inaudible, inefable. La horrible sensación de estar siendo perseguido por enemigos sobrenaturales poseyó por completo la mente de Rudolph. Podría deberse sencillamente al refulgente rojo del arrebol, o a la solitud del páramo, o a la imperiosidad de no llegar ni un minuto tarde a la cena con la señora Bouverie-Barton; en cualquier caso, perdió por el momento todo autocontrol y corrió, corrió como loco, tan deprisa como pudo, desde el túmulo hasta la verja del jardín de la mansión. Allí se detuvo y miró a su alrededor con una dolorosa sensación de estúpida cobardía. Aquello era sin duda una niñería: no había visto nada, oído nada, hallado nada definido que lo asustara; aun así, había huido de su propia sombra mental, como una auténtica colegiala, y aun así seguía temblando por lo intensa que había sido la sensación de que alguien invisible estaba persiguiéndolo.

—Menudo tonto estoy hecho —dijo para sí, medio enfadado—, ¡asustarme así por nada! Volveré pronto por allí para recuperar la dignidad y demostrar, al menos, que en realidad no tengo miedo.

Y mientras lo decía, era consciente de que sus desconcertados enemigos, que rechinaban los dientes con una mueca de decepción agolpados en la verja del jardín, soltaban una risita de sorpresa, deleite y satisfacción ante aquel cambio de intenciones.

II

Nada como la luz para disipar los terrores de la superstición. Pallinghurst Manor, la mansión de la señora Bouverie-Barton, disponía por fortuna de luz eléctrica, pues ella era, cómo no, una mujer sumamente moderna. Mucho antes de que Rudolph hubiese terminado de cambiarse para la cena, estaba riendo de nuevo para sí

ante su absurdo comportamiento. Nunca en su vida —al menos desde que cumplió los veinte— había hecho nada semejante, y ahora sabía por qué lo había hecho. Había sido una crisis nerviosa. Le había exigido demasiado a su cerebro con aquellos cálculos tan complejos para su artículo en el *Fortnightly* sobre «El estado actual de la economía china»; y sir Arthur Boyd, el famoso especialista en enfermedades del sistema nervioso, se había ganado sus guineas al recomendarle «una o dos semanas de descanso y un cambio de aires en el campo». Por eso había aceptado la invitación de la señora Bouverie-Barton para asistir a su radiante fiesta de otoño en Pallinghurst Manor, y sin duda ese era también el motivo por el cual se había asustado de manera tan absurda en el ejido. Recordatorio: no exigirle tanto al cerebro en el futuro; no merece la pena. Sin embargo, hoy día, ¿cómo ganarse el pan con la escritura sin exigirle tanto?

Con todo, bajó a cenar de muy buen humor. Su anfitriona era amable: le había permitido traer consigo a la guapa estadounidense. Mientras tomaban la sopa, la conversación se centró rápidamente en la puesta de sol. Con la sopa, la conversación siempre se mantiene en el plano más bajo y casual; mejora con el pescado y alcanza su culmen con el postre y el queso, tras los cuales vuelve a decaer y se vuelve demasiado melosa.

—Estaba usted en el túmulo a eso de las siete, señor Reeve —observó la señora Bouverie-Barton con severidad, cuando él mencionó el arrebol—. Vio el atardecer de cerca. ¡Qué deprisa ha debido de volver a casa! Casi me temía que llegaría tarde a cenar.

Rudolph se ruborizó un poco; un truco propio de una niña, indigno de un periodista, pero le funcionaba.

—Oh, no, señora Bouverie-Barton —respondió con seriedad—. Puede que sea algo tonto, pero no soy, espero, ningún delincuente. Sé bien que no debo hacer algo tan deplorable y escandaloso en Pallinghurst Manor. Es cierto que camino bastante deprisa, y la puesta de sol… En fin, la puesta de sol era hermosísima.

—Elegante —repuso la guapa estadounidense, traduciendo a su propio idioma.

—Siempre lo es esta noche, todos los años —dijo la pequeña Joyce a media voz, con el aire de quien repite un hecho científico de sobra conocido—. Esta noche es cuando la luz brilla con más fuerza sobre el Old Long Barrow.

Joyce era la única hija de la señora Bouverie-Barton: una frágil y bella criaturita de apenas doce años, menuda como un hada pero con una mirada extraña y cohibida que, aun así, parecía curiosamente adecuada a su naturaleza.

—¡Qué pamplinas dices, hija mía! —exclamó su madre, lanzándole a Joyce una mirada que la hizo callar de inmediato—. Cuánto me avergüenzo de ella, señor Reeves, repite las tonterías que les oye a las niñeras. —La señora Bouverie-Barton era moderna y no creía en nada; un credo sencillo, de una única cláusula.

Pero las palabras de la niña, aunque pronunciadas en voz baja, habían llegado al atento oído de Archie Cameron, distinguido electricista. Saltó como un resorte al oírlas, pues la mera sospecha de algo sobrenatural le resultaba irresistible.

—¿Cómo has dicho, Joyce? —voceó, inclinándose hacia el lado opuesto de la mesa—. No, señora Bouverie-Barton, esto tengo que oírlo. ¿Qué día es hoy y qué es eso que acabas de decir sobre el ocaso y la luz sobre el Old Long Barrow?

Joyce miró suplicante a su madre y luego otra vez a Cameron. Un levísimo asentimiento de cabeza le dio permiso para contar su historia pese a la desaprobación de su madre, pues la señora Bouverie-Barton no llevaba su creencia en los derechos de las mujeres tan lejos como para aplicarla a su propia hija. En algún lugar hay que poner el límite.

Joyce dudó y empezó.

—Bueno, pues que esta noche —dijo— es cuando el sol gira, o se detiene, o cruza el trópico, o regresa, o algo así.

La señora Bouverie-Barton soltó una tosecilla seca.

—Es el equinoccio de otoño —intervino con severidad—, durante el cual, obviamente, el sol no hace nada de lo que imaginas. Vamos a tener que hacer un repaso de astronomía, Joyce; semejante ignorancia es agotadora. Pero sigue con tu mito, por favor, y termina cuanto antes.

—El equinoccio de otoño, eso —continuó Joyce, sin ningún pudor—. Recuerdo la palabra porque me la dijo la vieja Rachel, la gitana. Bueno, pues este día del año, el páramo emite una especie de brillo, ¡sí, es cierto, mamá!, lo sé porque lo he visto, y hay unos versos que dicen…

Cada año la noche de san Miguel,
Pallinghurst Barrow brilla otra vez.

»Pero la gitana me dijo que antes de la de san Miguel era la noche de Baal, y la noche de alguien más, cuyo nombre no recuerdo, antes de la de Baal. Y ese alguien era un dios al que nunca hay que hacerle ningún sacrificio con hierro, sino con pedernal o con un hacha de piedra.

Cameron se recostó en la silla y observó a la niña con aire crítico.

—Vaya, interesante —dijo—, muy interesante. Pues aquí tenemos algo que siempre escasea: un testimonio de primera mano. ¿Estás segura, Joyce, de que lo has visto?

—¡Ah!, señor Cameron, ¿a qué juega? —exclamó la señora Bouverie-Barton, bastante malhumorada, pues incluso las damas más modernas son lo bastante femeninas en ocasiones como para mostrarse malhumoradas—. Me tomo muchísimas molestias para que Joyce no escuche esas tonterías, y luego venís los hombres de ciencia a decirle estas cosas y desbaratar mi trabajo de varios meses.

—Tanto si Joyce lo ha visto como si no —dijo Rudolph Reeve con seriedad—, sí puedo afirmar que esta noche había una luz muy curiosa en el Long Barrow; más aún, he tenido una sensación de lo más peculiar.

—¿Cuál? —preguntó Cameron, inclinándose entusiasmado hacia él. Todo el mundo sabía que, aunque la única luz en la que creía era la luz eléctrica, Cameron aún conservaba esa particular creencia de las Tierras Altas escocesas en una buena historia de fantasmas.

—Bueno, pues estaba sentado en el túmulo —empezó Rudolph—, justo después del ocaso, y fui vagamente consciente de que algo se agitaba dentro, algo ni visible ni audible, sino…

—¡Ay, sí, sí! —terció Joyce, inclinándose hacia delante, mirándolo fijamente y con curiosidad—, como una sensación, muy leve e imprecisa, de que había alguien en alguna parte, aunque ni los veía ni los oía; intentaron sujetarlo agarrándolo así, y cuando huyó, asustado, le pareció que lo seguían y se mofaban de usted. ¡Grandes criaturas que susurran cosas incomprensibles! ¡Ay, sé a qué se refiere! He estado allí y lo he sentido.

—¡Joyce! —intervino la señora Bouverie-Barton frunciendo el ceño a modo de advertencia—, ¡qué pamplinas dices! Eres ridícula. ¿Cómo te atreves a suponer que el señor Reeve, como hombre de ciencia que es, iba a huir de un terror imaginario?

—Bueno, yo no diría que hui —respondió Rudolph, tímidamente—. Supongo que, después de los veinte, no admitimos ese tipo de cosas. Pero sí corrí a casa tan rápido como pude, y no porque no quisiera llegar tarde a la cena, señora Bouverie-Barton, ya me entiende. No obstante, sí he de admitir, Joyce, entre tú y yo, que tuve consciencia de que me pisaba los talones algo muy similar a esos sonrientes perseguidores tuyos.

La señora Bouverie-Barton le lanzó otra mirada de intenso desagrado.

—Creo que —dijo, con esa voz gélida que ha dejado helados a comités enteros—, en una mesa como esta y con semejantes pensadores presentes, podríamos hallar sin duda un tema de conversación mejor que estas supersticiones tan manidas. Profesor Spence, ¿ha encontrado nuevos restos paleolíticos en la excavación esta mañana?

Índice

Introducción: *Sangre en la tierra* 7

Terrores ancestrales

La sombra sin nombre 15
Fiona Macleod

Pallinghurst Barrow 27
Grant Allen

De mar abierto 55
A. C. Benson

La víspera de Gavon 75
E. F. Benson

El Pozo de los Lamentos 93
M. R. James

La Mano de Gloria 111
Ulric Daubeny

La laguna de los sacrificios 131
Algernon Blackwood

Cúbrete el pelo 165
Robert Aickman

El tarroo-ushtey 201
Nigel Kneale

Laura Campanilla de Plata 217
Sheridan Le Fanu

La dama del caballo gris 239
John Collier

El secreto de la pirámide 253
Arthur Machen

El Corro de Randalls 285
Eleanor Scott

La venta de Midsummer 305
Joan Aiken

Todos los Santos 319
Walter de la Mare

La cuarta llamada 361
Ramsey Campbell